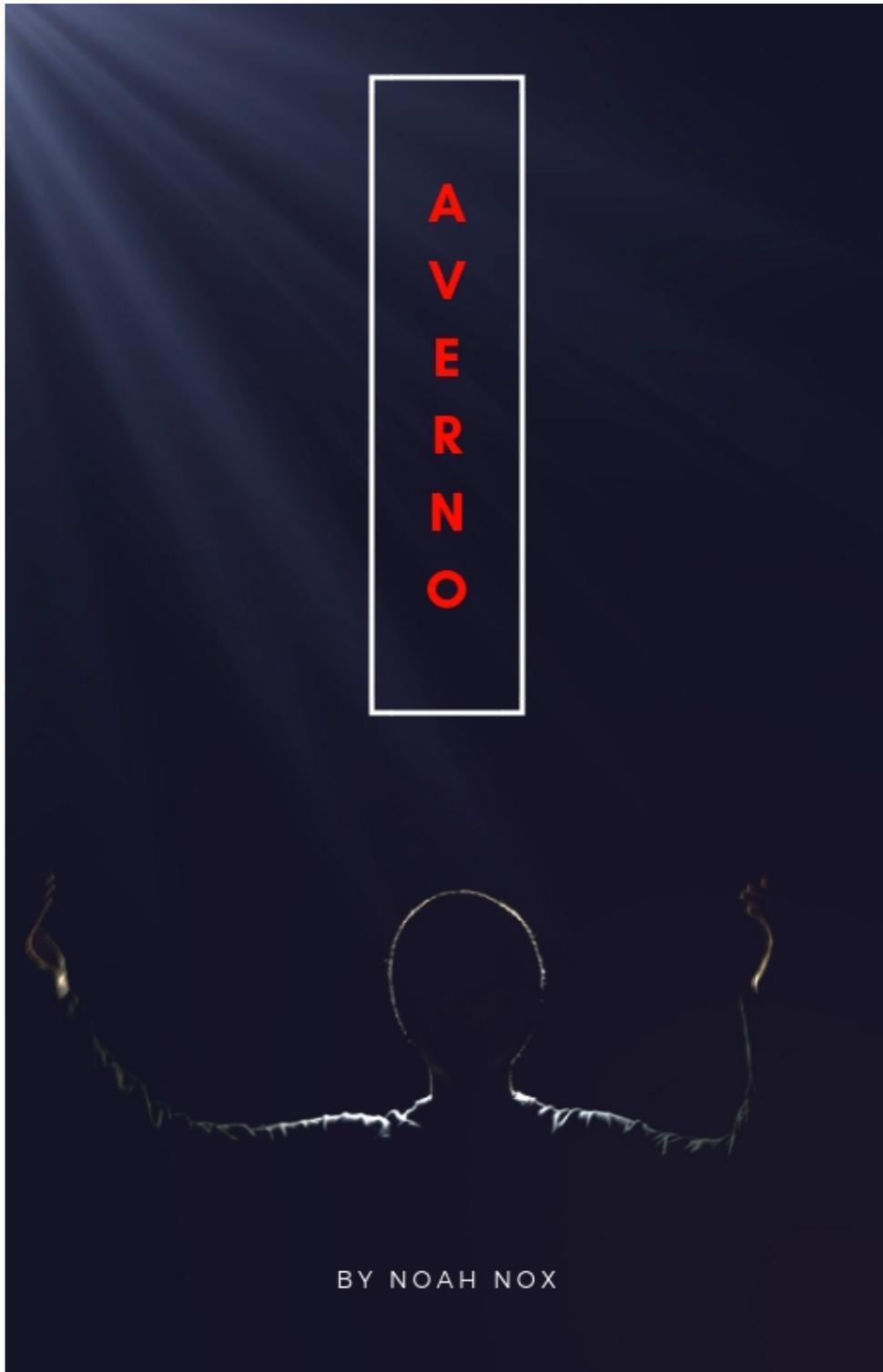


Averno

Noah Nox



Capítulo 1

Recuerdo la primera vez que necesite del dolor, lo recuerdo tan bien, tan nítido, tan claro. Tenía 45 años cuando sucedió, cuando empecé a vivir; hasta ese momento había estado en modo automático, tenía un trabajo, una casa, dinero en el banco y un vacío en el pecho.

Aquel día desperté con una fiebre baja y dolor alrededor del ombligo, "un simple malestar estomacal" pensé, por lo que no acudí a nadie, solo espere a que pasara, pero no paso, al contrario, de un instante a otro sentí como si algo me atravesara la piel. No, no fue un proceso lento y natural, sino repentino, salvaje. Me levanté asustado y corrí al baño a vomitar del dolor, por primera vez en años me sentí vivo, porque solo se puede morir estando vivo.

Apenas logré marcar a la línea de emergencia y con gagueos di mi ubicación; cuando llego la ambulancia llevaba media hora en el averno, sentía como me quemaba, tenía al demonio mismo en mis entrañas, aruñando, mutilando. En el camino al hospital me inyectaron varias veces anestesia, pero su efecto era nulo.

Justo cuando creí que no se podía alcanzar un mayor grado de dolor del que me encontraba comenzaron los choques eléctricos, de fondo podía oír como me decían que era para comprobar que la anestesia llegaba a todos lados, pero a mí me daba igual, esos choques eléctricos alcanzaron donde el fuego no podía, cubriendo mi ser, mi alma en agonía pura.

Estaba en el infierno mismo, me dolía mucho y tenía mucho miedo, pero de repente, me inyectaron morfina y me pateo directo al cielo. Es maravilloso como puedo describir tan bien el dolor, porque es algo que llegas a sentir alguna vez en la vida. Describir el alivio me parece que es una pérdida de tiempo. Pero me es imposible escribir lo que sentí justo antes de que la morfina hiciera su efecto, cuando aun estando en el mismo espacio físico ya no me encontraba allí, el placer que nacía del dolor.

Cuando por fin desperté era un hombre nuevo, un hombre que sabía su destino: volver a ese punto, a ese estado justo antes de la morfina. Había pasado por una perforación del apéndice, me lo extrajeron, por lo que lamentablemente no podía volver a recrear las condiciones que me habían llevado a mi nirvana.

Empecé entonces con la auto experimentación: mutilación, desgarramiento, quemaduras, lo intenté todo, pero nada era lo suficientemente fuerte, mi maldito instinto natural me obligaba a parar

antes de siquiera empezar con lo bueno.

Mi obstinación me llevo a obsesionarme con el infierno, un lugar de agonía eterna, mi paraíso. Me excitaba solo pensar en ello, debía encontrar la forma de entrar, de asegurar que cuando muriera llegara ahí.

Me mudé de estado, a uno más... estricto, matar a aquella chiquilla fue una tarea demasiado fácil, aún más sencillo fue confesar, en menos de 2 meses ya me hallaba de camino a mi muerte, por más que rogué por la silla eléctrica hicieron caso omiso a mis pedidos, me sentaron en una camilla y me pusieron una inyección, los 20 minutos más largos de mi vida, estaba extasiado ante la idea de conocer el infierno, de al fin poder volver a donde pertenecía, por lo que el tiempo pasaba muy lento, cuando empecé a sentir signos de desfallecimiento me emocione, tanto que comencé a reír a carcajadas, al fin idespués de tanto!

De un momento a otro el mundo se quedó sordo y ciego. Oscuridad y quietud a mi alrededor, nada más. Una pequeña luz fue creciendo, invitándome a ella, cuando al fin pude abrir los ojos mi sorpresa fue grande, me hallaba desnudo, rodeado de personas en blanco, mirándome. No lo entiendo ¿en que había fallado? ¿Acaso este era el infierno al que me habían asignado?

Empecé a llorar, llore muy fuerte, llore de decepción, llore con amargura.

-Felicidades señora, es un varón.

Para Honey Sweet y Shee Lag, cuyos comentarios me tienen como tonta enamorada y para Sylvette por su paciencia.